

fpp.

fundación para el progreso

¿ESTAMOS CONDENADOS?

Rafael Rincón-Urdaneta Z.
Fundación para el Progreso

¿Estamos condenados?

Fundación para el Progreso
Rafael Rincón-Urdaneta Z.

Ver el conocido mapa de Transparency International, ese que contrasta corrupción y transparencia en matices de colores que van del amarillo al rojo quemado, puede producir, con respecto a América Latina, desconcierto y cierta impresión.

La carta es así: Los países más rojos son los de peor diagnóstico, los más corruptos. A medida que se acercan al amarillo claro son más transparentes. Pues en esta región, que tenemos por turbia y contaminada a más no poder, hay dos casos bastante excepcionales: Uruguay y Chile. Ambos desentonan en un territorio históricamente azotado por la corrupción, empantanado por el populismo y quebrado por la debilidad institucional. Se ven como raras incrustaciones del “primer mundo” en una pieza fea y mediocre. No obstante lo anterior, los recientes escándalos de corrupción en Chile -Dávalos, Penta, SQM- han animado peligrosamente el pesimismo y hasta una despiadada autoflagelación ¡Estamos mal! ¡Tanto que criticamos a otros y mírennos! ¡No hay democracia! Y ahí salta la consigna de moda: ¡Asamblea Constituyente ya!.

¿Estamos condenados? ¿Vamos directo al negro despeñadero bolivariano? ¿O al argentino, donde un día aparece un fiscal silenciado para siempre? La verdad, lo que hasta ahora acontece en Chile, con sus advertencias e imperfecciones, tiene cartográficamente más de amarillo que de rojo. Primero, los mecanismos institucionales están operando; por ejemplo, los señalados están siendo investigados y el hijo de la mandataria se ha visto forzado a dimitir, saliendo por la infame puerta de la humillación. Por otra parte, la libertad de expresión, hasta ahora, está cumpliendo su función sin visibles temores a represalias, algo habitual en naciones corruptas, donde cualquier periodista medianamente atrevido es presionado u obligado a dormir con un ojo abierto. Además, el enojo público dice que, como sociedad, no somos indiferentes ni nos hemos acostumbrado al pillaje, como es regla en nuestro vecindario. Todos estos son signos muy positivos y, por cierto, raros entre el Río Grande y la Patagonia.

Ahora bien, Chile no es un país perfecto. Entre otras cosas, aún perviven redes sociales, contactos e influencias que tratan de activarse para proteger a los miembros de ciertos grupos, en general bastante

excluyentes. Pero, vamos, ver a personas importantes en el banquillo de los acusados, con altas probabilidades de castigo, dice que tales recursos ya no son tan efectivos como acaso antes lo fueron.

Los sucesos en desarrollo nos ponen, eso sí, ante una encrucijada de cuidado: un camino es tomar nota de las falencias, corregir los problemas y reparar los daños, todo conservando lo que funciona bien (que es bastante, solo que lo ven más nuestros admiradores afuera que nuestro fatalismo criollo). El otro es tomar el tentador atajo de la aventura: dinamitar las instituciones; refundar la república con el puño en alto (pidiendo Asamblea Constituyente, como ya hizo Venezuela hace 16 años) y aclamar a algún populista con sabor a empanadas y vino tinto que, como caído del cielo de los moralistas e impolutos, prometerá castigar a los privilegiados de siempre y pedirá poderes especiales para ello. En pocos años estaríamos frustrados y de vuelta en el vergonzoso subdesarrollo latinoamericano.

Chile no está vacunado contra la venezolanización o contra la argentinización, pero tampoco está condenado a semejantes penas. De hecho, una lectura inteligente –no optimista, sino realista y sensata– debería aleternos: vemos un funcionamiento decente de las instituciones, podemos detectar las fallas y, mejor aún, han quedado identificadas muchas personas deshonestas y tantas malas prácticas, con el poder disuasivo y depurativo que ello tiene. Un país así tiene mucho futuro, solo si lo cuidamos y mejoramos. De otras naciones, dadas ya por desahuciadas, los jóvenes emigran, la gente pierde la esperanza y todo se estanca, cuando no se desmorona o queda a medio petrificar en los lodos de la mediocridad. Si de algo tenemos que hacernos cargo en Chile es de ese porvenir más promisorio, que no es de la generación que va de salida, sino de la actual y de las que vienen. Y tenemos por delante una batalla cultural y sociológica que la debe dar la juventud de hoy: luchar por los valores, los principios y contra los vicios que aún nos fastidian. Esa es la próxima etapa.